



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

## Ortega y el perspectivismo psicológico

Por AQUILINO POLAINO-LORENTE \*

### SUMMARY

The author considers psychologic perspectivism stage as the most relevant period of Ortega y Gasset thinking. In the discussion, he outlines the advantages and inconvenients of this Ortegian method with respect to its psychopathological contributions. Finally, he points out some of the possible connections which can exist between Ortega's psychological perspectivism and the use of metaphor by the author in his whole work.

**KEY WORDS:** Ortega y Gasset. Methodology. Perspectivism.

La contribución de ORTEGA a la Psicología y a la Psicopatología ha sido subrayada por los ponentes en este Symposium. Sin embargo, no disponemos hasta ahora de un estudio sistemático acerca del significado de las aportaciones del ORTEGA psicólogo. Que la obra de ORTEGA contribuyó al desarrollo de la Psicología y de la Psicopatología en España es algo indudable (basta para ello remitir al lector a los textos inéditos de ORTEGA, recientemente publicados bajo el título «Investigaciones Psicológicas», *Revista de Occidente* en Alianza Editorial, Madrid, 1982), aunque sea muy problemático el método—*la perspectiva*—desde el que se alcanzaron esas aportaciones. Las líneas que siguen sólo pretenden esbozar una aproximación a la discusión sobre el perspectivismo psicológico orteguiano.

El profesor YELA nos ha hablado magistralmente de la «circunstancia» en ORTEGA. Yo quisiera hacerle una pregunta, habida cuenta de que la afirmación

de ORTEGA más repetida en nuestra sociedad es la del «Yo y la circunstancia», que usada en forma de tópico ha llegado a ser malinterpretada en algunos ambientes y hoy supone algo muy distinto de lo que ORTEGA quiso significar. En concreto, yo diría que el Yo en ORTEGA no es un yo circunstanciado; que la importancia que concede ORTEGA a la circunstancia es mucha, sin que por eso el Yo sea una realidad estrictamente circunstanciada, como pretenden quienes reducen la circunstancia a simplemente el flujo estimular ambiental, por vasto y rico que éste sea.

Creo que el Yo, en cierto modo, es algo precircunstanciado (genéticamente) y en cierto modo algo también transcircunstanciado. Es decir, el Yo del hombre está abierto a algo que va más allá de él, a algo que tiene un carácter de «además», que no se limita sólo a lo meramente circunstancial y físico o/y cultural. Dicho muy brevemente que en el Yo del hombre hay algo más allá de sí mismo, algo transhumano.

Por eso, si es verdad que se da la cir-

\* Catedrático de Psicopatología de la Universidad Complutense de Madrid.

cunstancia de que en el hombre no puede pasar de sus circunstancias, no es menos cierto a la vez que el hombre va más lejos de ellas, es decir, que en cierto modo es un ser transcircunstante.

De ahí también que lo biológico sea algo más, mucho más, que el resultado de una multitud de factores circunstanciales amasados. El Yo, incluyo el Yo biológico, se hace por el influjo de todas estas circunstancias pero sin limitarse a ellas, sino que yendo más lejos de ellas, en cierto modo las presupone. Y es que el Yo del hombre es un ser descentrado, muchas veces inapresable, que no se agota en el recortado horizonte de la circunstancia en que algunos pretenden aprehenderle. El Yo parte de unos supuestos previos a la circunstancia, depende de ésta y va más allá y por encima de ella.

Como es lógico suponer, esta idea de la circunstancia en ORTEGA creo que puede ser muy rica para la Psicopatología, tanto por lo que implica genéticamente, como cultural y cognitivamente.

Al profesor PELICIER también quisiera decirle algo. Si no he entendido mal, cuando él habla del ensimismamiento de los toxicómanos trata de justificar su comportamiento apelando a la sinrazón vital, concepto emanado de «la razón vital» orteguiana.

Yo me permitiría sugerirle que estando de acuerdo con él, esa sinrazón vital se cabalga, se vertebra sobre dos supuestos previos. De una parte en la incapacidad de elegir—de elegir en el sentido real de este término— de los toxicómanos; y de otra, en el síndrome amotivacional que se genera en ellos por virtud del abuso de sustancias toxicómanas. En el primer supuesto la libertad se revela, para estos efectos, como capacidad de renuncia y como capacidad de compromiso. Y renuncia a unas circunstancias y compromiso con otras circunstancias. Pondré un ejemplo, ahora estamos aquí porque hemos elegido venir a este homenaje a ORTEGA. Hemos renunciado, para

encontrarnos aquí y ahora, a todo lo que no sea esta circunstancia. Pues bien, sería completamente estúpido que una vez que hemos optado, que hemos elegido el compromiso de este acto (habiendo renunciado a todo lo que no sea estar aquí y ahora) evitásemos comprometernos con lo previamente elegido, por ejemplo, durmiéndonos voluntariamente. Si eso aconteciera, sucedería entonces un fracaso vital, habría una sinrazón en nuestro comportamiento. En concreto, si decidiéramos libremente dormirnos lo poco o lo mucho que nos puede enriquecer las consecuencias de este acto de elección (una vez que hemos renunciado a todo lo demás) quedaría baldío, estéril y frustrado; sería un acto sin sentido, sin razón: una sinrazón.

Mi cuestión al profesor PELICIER se fundamenta en otro supuesto: si esa sinrazón vital que se da en la conducta toxicómana, no puede justificarse también desde la perspectiva amotivacional, es decir, desde el indiferentismo radical que hace que al toxicómano nada le motive, nada le haga vibrar en su comportamiento ante el vasto flujo estimular de su medio, de su circunstancia; a la vez que este supuesto se concita con aquel otro miedo a la libertad, al compromiso, a la opción enriquecedora y renunciadora.

En otros casos, el comportamiento del toxicómano, desde mi perspectiva, está relacionado más con el Yo que con la circunstancia. Me refiero en concreto al centramiento exclusivo en el propio Yo, a la vez que se desentiende de la circunstancia (pasotismo). Se esconde aquí un afán enfermizo de protagonismo, de autoafirmación, que le hace excluir, repudiar todo lo que no sea la droga (ensimismamiento) a la vez que hundirse en el pozo negro de la toxicomanía. Dicho con unas palabras de ORTEGA (aunque quizá sean imprecisas puesto que hablo desde la circunstancia de tener que intervenir en relación con lo que han dicho quienes me ha precedido en el uso de la palabra, cuya intervención no he podido leer con anterioridad a este acto, y por lo que cito

de memoria) «hoy no hay protagonistas, sino coro». Esta circunstancia social podría frustrar la conducta del toxicómano que elige sólo el protagonismo. Tanto más cuanto que a la afirmación de ORTEGA yo añadiría que hoy más que protagonistas hay coros de protagonistas, agregados de personas que apuestan por el afán, fundamentalmente egoísta, de autoafirmación, lo que paradójicamente les lleva, sin apenas conseguirlo, a escamotear su circunstancia, a hurtarse a la poderosa influencia de ella, influencia con la que ha de trenzarse todo comportamiento que pretende ser ajustado. De ahí que el comportamiento toxicómano sea profundamente desajustado.

Por último, quisiera detenerme en la comunicación del profesor BALLÚS, que he podido leer y conozco mejor. En su intervención, el profesor BALLÚS se ha detenido en el perspectivismo orteguiano. El tema me interesa especialmente como aproximación a la metodología orteguiana, y a lo que de ella puede derivarse respecto del método en Psicopatología.

«Todos los filósofos son hombres de método pero no todos exponen el suyo» (1). Estas palabras de ORTEGA desvelan la importancia que el filósofo concedió al método, a la vez que traducen, en cierto modo, su personal circunstancia. ORTEGA se reveló como el filósofo de la perspectiva generando una nueva óptica psicológica desde la que acercarse a la observación de la conducta humana. Pero la nueva óptica metodológica introducida por él tiene sus pros y sus contras. En todo caso me importa señalar aquí que el perspectivismo psicológico orteguiano no coincide en modo alguno, como algún autor erróneamente ha señalado, con la fenomenología, aunque, en cierto modo, participe del método fenomenológico. La anterior afirmación es reconocida por ORTEGA cuando dice que «abandoné la fenomenología en el momento mismo de recibirla» (2).

El perspectivismo orteguiano corresponde a una etapa del pensador que se

extiende según unos autores—FERRATER-MORA (3)—de 1914 a 1923, y según otros—FERNÁNDEZ DE LA MORA—de 1914 a 1921.

Toda perspectiva supone un horizonte y, simultáneamente, una circunstancia concreta desde la que acceder a una cierta realidad. En tanto que horizonte constituye un límite, algo que limita al observador. Limita, en primer lugar, su «vista» y, en segundo lugar, «lo visto». Estas son las condiciones que habrán de enmarcar cualquier «punto de vista» que tome el espectador para observar la realidad. Pero no debemos magnificar los aspectos limitativos de la perspectiva. Sí, todo horizonte limita nuestra aproximación a la realidad; pero no es menos cierto que el modo en que ha de habérselas todo hombre con la realidad es siempre limitativo; es decir, depende de las restricciones y limitaciones que la imponen lo limitado de su ser, su circunstancia, su punto de vista. No obstante, gracias a que hay un horizonte hay también la necesaria apertura, la condición posibilista desde la que abandonar el replegamiento hermético en sí mismo—el ensimismamiento—y alzarse a la contemplación.

El perspectivismo significa un talante, una flexibilidad mental especial—por cierto hoy bastante infrecuente—, que psicológicamente pueda tematizarse como una capacidad por cuya virtud se tolera la rica ambigüedad de la fluida corriente estimular sin que por ello el observador se angustie. Estoy de acuerdo con el profesor BALLÚS (véase su aportación a este Symposium) y con otros colegas (CABALEIRO) (5) al ensalzar la «accesibilidad» que comporta el perspectivismo orteguiano.

Sin embargo, el punto de vista determinante al que he hecho alusión líneas atrás vincula excesivamente al espectador; enraizado éste en su particular circunstancia encuentra o puede encontrar serias dificultades para remontarse y trascender con su pensamiento la mera circunstan-

cia, de forma que pueda alcanzar la verdad. He aquí uno de los inconvenientes de todo perspectivismo. Desde esa óptica se devela, sí, una cierta realidad de la cosa a la que accede el espectador, pero a costa de ocultar otras, de no ver la realidad en su totalidad, de ignorar otros aspectos relevantes de esa misma realidad, por situarse éstos fuera de foco, fuera del alcance óptico del espectador.

Se ha afirmado en este homenaje, que el pensamiento de ORTEGA era un pensamiento holista, global, totalizante, casi acabado. Yo en esto no estoy del todo de acuerdo. Creo que el pensamiento de ORTEGA es puntual, es incidental, emplea la metáfora, alumbra, es translúcido, es transparente, ilumina con una luz nueva muchas realidades que hasta entonces, hasta ese momento, nos habían pasado inadvertidas. Pero precisamente por eso, por poner ese énfasis que da el contemplar una realidad desde una perspectiva determinada, quizá le falta también sistematización.

Es decir, el pensamiento de ORTEGA, si algo no es, es sistémico. Y es que todo perspectivismo, todo horizonte—la línea en que el espectador se sitúa para contemplar la realidad—, tiene también sus límites.

En cierto modo es una perspectiva nueva lo que añade a la contemplación de una realidad es la riqueza con que es capaz de develarla, pero entiéndase bien que este develamiento siempre es un develamiento no ajeno a la ocultación, a la opacidad, a la intransparencia. Dicho de otra manera: cada vez que leemos a ORTEGA hay en sus páginas, lumbreras, luces innovadoras que iluminan realidades hasta entonces inadvertidas.

Pero si uno continúa leyendo también se observa que la contemplación de las cosas, y las conclusiones a las que llega, no son acabadas, no son sistémicas. Hay muchos aspectos de la realidad que quedan desflecados, opacos e intransparentes, una vez que el lector ha rebasado el

primer chispazo que le produjo la lectura del sugerente y sugestivo pensador que fue ORTEGA.

Desde ese punto de vista, es decir, el develamiento de la realidad en ORTEGA es parcialmente velado y vela y oculta tanto a la realidad como al espectador que observa y contempla esa realidad. Desde este punto de vista parece que podría compararse con lo que sucede en la actual metodología psicopatológica.

Hoy el fenómeno, el hecho psicopatológico se afronta desde perspectivas muy diferentes; por ejemplo, la comportamental, la fenomenológica, la clínica, la bioquímica o la neurofisiológica. Esas perspectivas no son sistémicas, no están cerradas, incluso casi siempre son difíciles de correlacionar entre ellas. Y, sin embargo, cada una de ellas ilumina ese hecho psicopatológico, ese hecho comportamental, con una luz nueva como una realidad distinta, enriqueciéndonos con aportaciones, las más de las veces, muy valiosas.

Sin embargo, me parece que ninguna de esas perspectivas, tomada aisladamente, son capaces de develar la realidad en su totalidad. En otras ocasiones ni siquiera son coincidentes con lo que nos han legado los métodos tradicionales.

Por todo esto pienso que el perspectivismo psicológico orteguiano tiene mucho de analogía con las dificultades en que se encuentran los métodos actuales en Psicopatología. Dicho muy brevemente se podría argüir, repitiendo una frase de ORTEGA, que lo que acontece hoy a la metodología en Psicopatología, o más concretamente a los psicopatólogos, es que «lo que pasa es que no sabemos lo que nos pasa».

Probablemente por eso el perspectivismo orteguiano desemboca inevitablemente en el fluido, dinámico y sugestivo lenguaje de su autor, pero al mismo tiempo en el sesgo alusivo, en el amplio margen de ambigüedad, de elisión y de anfibiología polisémica, de que están preñados los

escritos de ORTEGA. Algo parecido sucede en el ámbito psicopatológico.

ORTEGA utiliza continuamente la metáfora a pesar de que él mismo admita que «la metáfora escamotea un objeto enmascarándolo con otro, y no tendría sentido si no viéramos bajo ella un instinto que induce al hombre a evitar realidades» (6).

Hay en el lenguaje orteguiano—como en el de la actual Psicopatología—, mucho de desvelamiento, pero también bastante de opacidad. Es cierto que la claridad es una condición irrenunciable—además de primera— del filósofo, característica exigida necesariamente por el desvelamiento en que consiste todo pensamiento filosófico, y en ORTEGA hay mucho de esta exigible claridad filosófica.

Pero al circunscribir su acción de desvelar a un determinado punto de vista—a la circunstancia—, se escamotean inevitablemente otras dimensiones de la realidad no menos importantes. Y estas últimas quedan inevitablemente oscurecidas y desatendidas. En cierto modo, toda acción de desvelar esconde en sí una acción vicaria que apunta a la opacidad de lo observado, que lejos de manifestarse se hurta a la mirada atenta del espectador.

Quizá por eso ORTEGA eligió la metáfora voladera y sugestiva, sí, pero también huidiza y etérea la más de las veces y, casi siempre, incompleta, por hurtar el completo bulto de las cosas. Y es que en el trenzamiento de las redes del lenguaje se manifiesta y explana el punto de vista del hablante. El lenguaje tiene también sus intransparencias, sus tramposas mallas, sus límites en los que la palabra puede resbalar sobre el fenómeno sin lograr aprisionarlo y, en consecuencia, penetrarlo, transferirlo y comunicarlo.

El pensamiento psicológico de ORTEGA con ser muy valioso, se queda en el aquende metódico de la perspectiva y lo

circunstancial; adolece del necesario punto de mira desde el que trascender la circunscrita realidad. Es lástima que un espectador tan sugerente como ORTEGA no logre remontar el vuelo de su pensamiento psicológico, acaso por afincarse tanto en la circunstancia, que tan magistralmente supo ver y divulgar, pero a la que tal vez no logró del todo trascender y desvelar.

En definitiva, el perspectivismo psicológico orteguiano, junto al vastísimo bloque de sus aportaciones en torno a la observación de la conducta humana, nos transmite también sus deficiencias y lagunas, el límite natural de quien ha optado por una perspectiva (la del espectador circunstanciado) y un lenguaje consonante con aquella (la metáfora hiperbólica).

Hoy, los psicólogos y psicopatólogos, como espectadores de esta circunstancia centenaria, agradecemos y rendimos tributo al filósofo, pero lamentando vernos así impedidos a habérmolas con el ORTEGA psicólogo que pudo ser (7).

## RESUMEN

El autor considera la etapa del perspectivismo psicológico, como el período más relevante del pensamiento de ORTEGA Y GASSET. Se esboza en la discusión las ventajas e inconvenientes que este método orteguiano supone respecto de sus aportaciones psicopatológicas. Por último, se señalan algunas de las posibles conexiones que pueden existir entre el perspectivismo psicológico orteguiano y el uso que el autor hizo de la metáfora a todo lo ancho de sus obras.

PALABRAS CLAVE: *Ortega y Gasset, Metodología, Perspectivismo.*

## BIBLIOGRAFIA

1. ORTEGA Y GASSET, J.: *La idea de principio en Leibniz*, pág. 252.
2. — *La idea de principio en Leibniz*, página 333.
3. FERRATER MORA, J.: *Ortega y Gasset. Etapas de una filosofía*, págs. 18-20. Barcelona, 1958.
4. FERNÁNDEZ DE LA MORA, G.: *Ortega y el 98*. Madrid, 1961.
5. CABALEIRO GOAS, M.: *Temas psiquiátricos*, tomo I. Madrid, 1959.
6. ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras completas*, vol. III, pág. 373.
7. MARÍAS, J.: *Ortega. Circunstancia y vocación* págs. 26-27. Madrid, 1960.